

## APARICIÓN AL SEÑOR MABEUF

Mario no visitaba á nadie: solamente algunas veces encontraba al señor Mabeuf.

Mientras Mario descendía gravemente por estos lúgubres escalones, que podrían llamarse la escalera de la cueva, y que conducen á los lugares sin luz, donde se oye á los dichosos marchar por encima, el señor Mabeuf los bajaba de otra manera.

La *Flora de Cauteret* no se vendía ya absolutamente. Los experimentos sobre el añil no habían dado resultado ninguno en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal situado; allí sólo podía cultivar algunas plantas raras que necesitan la humedad y la sombra. Mas no por esto se desanimaba. Había conseguido un rincón de tierra en el Jardín Botánico, en buena situación para hacer «á su costa» los ensayos sobre el añil, para lo cual habían llevado las láminas de su *Flora* al Monte de Piedad. Había reducido su almuerzo á dos huevos, y dejaba uno de ellos á su vieja criada, á la cual no había pagado el salario hacía quince meses: muchas veces, su almuerzo era su única comida. Ya no se reía con su risa infantil; se había hecho huraño y no recibía visitas. Mario hacía muy bien en no ir á verle. Algu-

nas veces, á la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, se encontraban el viejo y el joven en el boulevard del Hospital: no se hablaban; solamente se saludaban con la cabeza tristemente. Cosa dolorosa: hay un momento en que la miseria separa hasta á los amigos. Antes eran dos amigos; ahora eran dos transeúntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su añil; éstas eran las tres formas que habían tomado para él la felicidad, el placer y la esperanza; esto le bastaba para vivir, y se decía:—Cuando haya hecho mis bolitas azules seré rico: sacaré mis láminas del Monte de Piedad, haré de moda mi *Flora* con el charlatanismo, pondré anuncios en los periódicos, y compraré, ya sé dónde, un ejemplar del *Arte de navegar*, de Pedro Medina, con grabados en madera, edición de 1559.

Mientras tanto trabajaba todo el día en su sembrado de añil, y por la noche volvía á su casa para regar el jardín y leer sus libros.

El señor Mabeuf tenía por entonces muy cerca de los ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparición.

Había vuelto á su casa muy de día aún. La tía Plutarco, cuya salud se quebrantaba, estaba enferma y acostada. El señor Mabeuf había comido un hueso que tenía un poco de carne y un pedazo de pan que había encontrado en la mesa de la cocina, y estaba sentado en un guardacantón echado que tenía por banco en el jardín.

Cerca del banco había, según la moda de los antiguos huertos, una especie de cajón alto, hecho de vigas y de tablas muy estropeadas ya, que era jaula de conejos en la parte inferior, y frutero en la superior. No tenía conejos en la jaula; pero aún conser-



vaba algunas manzanas en el frutero, restos de la provisión del invierno.

El señor Mabeuf se había puesto á hojear y á leer, con ayuda de los anteojos, dos libros de que estaba apasionado, y que, cosa rara en su edad, le tenían pensativo. Su natural timidez le hacía propio para aceptar ciertas supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delanere, «De la inconstancia de los demonios»; el otro, que era la obra de Mutor de la Rubandière, «Sobre los diablos de Vauvert, y los gobelinos de la Bievre.» Este último libro le interesaba tanto más, cuanto que su jardín había sido un sitio frecuentado por los gobelinos. El crepúsculo empezaba á blanquear los objetos que están en alto y á ennegrecer los que están en bajo. Al mismo tiempo que leía mirando por cima del libro que tenía en la mano, el señor Mabeuf contemplaba sus plantas y, entre otras, un rhododendron magnífico que era uno de sus consuelos; los cuatro últimos días de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia, habían hecho que los tallos se encorvasen, que se inclinasen los botones y que cayesen las hojas: era preciso regar; el rhododendron, sobre todo, estaba triste. El señor Mabeuf era de esos para quienes las plantas tienen alma. El viejo había trabajado todo el día en su sembrado de añil y estaba rendido de cansancio; se levantó, sin embargo, dejó los libros en el banco, y se dirigió encorvado y con vacilante paso al pozo; pero, cuando cogió la soga, no pudo ni aún tirar para desengancharla. Entonces se volvió, y dirigió una mirada angustiosa al cielo, que se iba cubriendo de estrellas.

La noche tenía esa serenidad que disminuye los dolores del hombre bajo una alegría lúgubre, eterna y desconocida, y anunciaba que iba á ser tan árida como el día.

—¡Estrellas por todas partes!—pensaba el anciano.—¡Ni una pequeñísima nube! ¡Ni una lágrima de agua!

Y dejó caer sobre el pecho la cabeza que había levantado un momento. Pero volvió á levantarla, y miró al cielo, murmurando:

—¡Una lágrima de rocío! ¡Un poco de piedad!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momento oyó una voz que decía:

—Señor Mabeuf, ¿queréis que riegue yo el jardín?

Y al mismo tiempo sintió en el seto el ruido de un animal salvaje que corre, y vió salir de entre los matorrales una jovencuela delgada, que se puso delante de él mirándole atrevidamente. Parecía más bien un aborto del crepúsculo, que un ser humano.

Antes que hubiera podido responder una sílaba el señor Mabeuf, que se asustaba fácilmente, aquel ser, cuyos movimientos tenían en la obscuridad una especie de brusco capricho, había desenganchado la soga, sumergido y sacado el cubo y llenado la regadera: el buen hombre veía esta aparición, que tenía los piés desnudos y un zagalejo todo roto; veía, decimos, cómo corría por las platabandas derramando la vida en su derredor. El ruido de la regadera en las hojas encantaba al señor Mabeuf. Le parecía que el rhododendron era ya feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y después un tercero: así regó todo el jardín.

Cuando andaba por las calles de arbustos en que aparecía su perfil enteramente negro, agitándose sobre sus largos y angulosos brazos su destrozada pañoleta, tenía cierto aspecto de murciélago.

Cuando hubo acabado, el señor Mabeuf se aproximó á ella con lágrimas en los ojos, le puso la mano en la frente y dijo:



—Dios os bendiga; sois un ángel, porque tenéis cuidado de las flores.

—No,—respondió,—soy el diablo; pero es indiferente.

El viejo exclamó sin esperar ni oír la respuesta:

—¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

—Algo podéis,—dijo ella.

—¿El qué?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no lo comprendió.

—¿Qué señor Mario?

Y alzó su vidriosa mirada como buscando una cosa que hubiera desaparecido.

—Un joven que venía aquí hace tiempo.

El señor Mabeuf había ya registrado su memoria, y contestó:

—¡Ah! sí... ya sé lo que queréis decir. ¡Esperad! El señor Mario... el barón Mario Pontmercy, ¡pardiez! vive... ó por mejor decir, no vive ya... vaya, no lo sé.

Y al mismo tiempo que hablaba, se había encorvado para sujetar una rama del rhododendron.

—Esperad,—continuó,—ahora me acuerdo. Pasa mucho por el boulevard, y va hacia la Glacière, calle de Croule-Barbe, Campo de la Alondra. Id por allí y no será difícil que le encontréis.

Cuando el señor Mabeuf se enderezó ya no había nadie; la joven había desaparecido.

Entonces tuvo miedo de veras.

—Ciertamente,—dijo,—que si no viese el jardín creería que había sido un espíritu.

Una hora después, cuando se acostó, volvió á pensar en esto, y al dormirse, en ese momento confuso en que el pensamiento, semejante al pájaro fa-

búloso que se convierte en pez para pasar el mar, toma poco á poco la forma del ensueño para atravesar el sueño, se decía confusamente:

—Esto se parece mucho á lo que Rubandiére cuenta de los gobelinos. ¿Si será un gobelino?